

VERGÍLIO FERREIRA

CARTAS A SANDRA

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS
DE ISABEL SOLER

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Cartas a Sandra*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1996 by Bertrand Editora
© de la traducción, 2010 by Isabel Soler Quintana
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, *Anunciación* (2002),
de Manuel Castro Mellado.

ISBN: 978-84-92649-43-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 922-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Sandra. Hoy la obsesión ha sido más fuerte. Escribirte. La historia nuestra que conté me parecía intocable.¹ Principio y fin de nosotros en ella, tu muerte la selló para siempre. Y sin embargo, en esa eternidad tu memoria y la imagen tierna de tu fascinación me perturban. Quizá recuerdes que nunca me escribiste. Pero yo te escribí algunas veces cuando venía de vacaciones y la emoción era excesiva. Y un día te pregunté si habías guardado esas cartas. Tú me miraste desde tu sonrisa breve y represiva. Las rompí, naturalmente, dijiste, ¿por qué había de guardarlas? Me hubiera gustado releerlas, tenerlas, contesté. Para recuperar lo que fui en ellas y lo que hubo en ellas de ti. Qué tontería, añadiste, la adolescencia ya pasó.

Y sin embargo, en esta casa vacía y enorme, en el silencio de la Tierra que me aturde, esa adolescencia regresa, y con ella tu rostro serio y dulce. Escribirte. Posiblemente lo haré más veces hasta ver si con la escritura se me agota tu fascinación. Tengo algunas fotografías tuyas, pero lo que busco en ellas no está ahí. Seguro que por eso raramente vuelvo a verlas. Porque tú nunca fuiste real para que yo te pudiera amar. Y esa irrealidad amada se estremece en mi emoción y en el éxtasis leve de imaginarte. Podría recordarte en tantas situaciones que nos han tocado en la vida. El día en el que nació Xana. Una playa iluminada del sur. La noche en la

¹ En *Para siempre*.

que conocí la ternura de tu cuerpo. La tarde en la que me dijiste sí, podemos probar. En los espacios de nuestra monotonía, que también los hubo. En la dificultad de la vida para que se cumpliera entera. En tu muerte. Escribirte, escribirte. Quizá te cuente lo mucho que no he contado, y tú no me digas qué tontería. Pero por encima de todo lo que podría recordar, hay una imagen obsesiva de ti, y siempre se me presenta ante lo incierto de la evocación. En realidad, nunca te olvido en el día a día que te olvida. Pero quedas un poco de lado, esperando a que vuelva de nuevo a mirarte. Es una imagen fluida e intensa, ésa que siempre se me presenta, y me parece que es la de cuando te vi por primera vez. No importa que no fuese la primera, o que yo entonces estuviera distraído de mi amor que pasaba en ti. Estaba sentado con otros compañeros en un murete del jardín de la facultad. Y entonces tú apareciste desde algún lugar, de lo imposible, tal vez de tu casa que supe más tarde que estaba allí cerca. Y lo que se fijó en el recuerdo e inmediatamente se me aparece en el vagar de la evocación fue el movimiento en filigrana de tu cadera sutil, lo aéreo de tu paso en equilibrio frágil, y tu rostro dulce y triste. Y entonces te inmovilizo antes de que la brisa te lleve, para verte bien. Y te fijo el muslo fino, suavemente modelado por el vestido, el pie hacia delante, firme y delicado. Realmente no sé muy bien qué me ha filtrado el tiempo. Es otoño, hace sol, y todavía hay en el aire una memoria de verano. Por eso es posible que lleves un vestido fino, probablemente aquel abrigo ancho de cuadros que te llegaba un poco por debajo de la rodilla. Pero no me apetece recordarte así. Quizá porque tu ropa fluctuante no deja que se trace la modulación de tu cuerpo. Y yo lo siento aún en el alineamiento de tu

paso. Por eso creo que vas a llevar un abrigo ajustado, oscuro y largo, para que exista por debajo tu sinuosidad esbelta. Pero quiero decirte que al recordarte no existes solamente tú. Está la ciudad solar que te envuelve y que yo veo sin verla cuando vienes a mi memoria. Y más alto, como un esplendor, el eco de una balada. Y todo eso eres tú, querida mía. Tu intocable belleza, y el espacio y la melodía en la que ella se inscribe.

Podría recordarte en tantos lugares. Pero siempre vuelvo al comienzo de la irradiación de ti. Hay así un pacto oscuro entre todo lo que fuiste hasta la muerte y la eternidad de tu juventud. Porque es allí donde vives, en lo incorruptible, en lo intocable de tu ser, en la perfección que un dios halló finalmente perfecta cuando te entregó a la vida para que existieras por ti misma. Pero ¿cómo ser joven y cono- cerse fuera de la ciudad del Sol?, ¿fuera de la colina desplegada a su luz?, ¿del espacio de un acorde de guitarra en todo el aire de alrededor? Es bueno poderte decir cómo te recuerdo ahí. Y cuánto te quiero. Y es bueno que no puedas decirme qué tontería. O que apenas me mires con tu mirada severa y vivacísima. O que me repitas que yo no he crecido desde la adolescencia, y que eso tenga el buen sabor de una oculta verdad en mí, para no ser un adulto reglado y cotidiano. Es bueno poder decírtelo todo y que tú ahora no puedas decir nada, para que ese todo mío sea todo. A veces pensaba que tú no te dabas cuenta de lo increíble y lo maravilloso de ti. Estabas dentro y tu esplendor estaba fuera. En esta casa desierta, qué bueno es que estés aquí conmigo. Y hablarte. Y escribirte. Y verte. ¿Te volveré a amar? ¿Volverá tu imposible cuando lo evoque? Escribirte. Y decirte todo lo que nunca dejaste que te dijera y que

debía de ser esa insensatez de la que hablabas. Es invierno, ya hay nieve en la sierra, pero el cielo está lleno de azul. Te gustaría verlo, aun siendo de ciudad, donde el cielo no existe. Te gustaría verlo, aunque lo mirases distraída y apenas sonrieses con una leve tolerancia. El frío ha llegado con la nieve y Deolinda me ha encendido el brasero esta mañana temprano. Es un frío que nunca conociste y yo no te sé explicar. Limpio, todo en aristas finas, algo así. Me caliento los pies y pienso en ti. Pero es tan difícil decirte cuánto pienso en las palabras que escribo.

En el vacío de la casa, a veces oigo a tía Luísa allá al fondo. O a tía Joana. Son voces sueltas en el aire y que en el aire se desvanecen. Pero un día te oí a ti perfectamente y hasta fui hasta el pasillo alborozado. Dijiste mi nombre muy claro y yo te dije estoy aquí. Pero no dijiste nada más y yo me quedé tenso esperando y casi me ahogo. Pero eras tú, conozco bien tu voz, podría reconocerla entre el bullicio de una plaza pública. Es una voz breve, con un leve timbre de cuerda fina de guitarra y un color blando de llama. Es una voz serena y de una larga melancolía que debe de venir de mucho antes de que hubieras nacido. Cuántas veces la oigo, intento oírla en la memoria apaciguada de lo que pasó. Pero no soy capaz de oírtela en los momentos más difíciles de la vida, cuando lo que decías soportaba el peso enorme de lo que no decías, como en la tarde en la que Xana se fue. O cuando me diste el aviso seguro de tu muerte. Me acuerdo de cuando en nuestra primera noche yo te dije que te amaba y tú me dijiste también te amo. Seguro que he de acordarme todavía de todas las otras palabras que me dijiste. Pero ahora quiero oír solamente esa palabra ardiente tuya en la que se me consumió toda la vida. Y el sí gentil en

el patio de la universidad y con el que todo empezó. También te amo. Sí. Es extraño que la vida entera se me resuma en una palabra. Posiblemente porque es la única que dice todo lo que ha valido la pena saber. Y se resuma también en tu imagen, en lo instantáneo de tu paso. Y ahora que todo ha terminado, pienso que la perfección de tu destino en el mío sería oírte sólo una vez más, de pasada, también te amo. Una vez nada más. Nada más. Así que te escribo para que te rezagues un poco. Quizá vuelvas a decírmelo. Y yo a ti.

¿Volveré a escribirte? Para que vuelvas a existir en lo que escribo de ti. Rezágate hoy al menos un momento. Para que miremos la nieve en la montaña, los campos desiertos, para que oigamos en nosotros el silencio del mundo. Xana me dijo hace tiempo: cualquier día me acerco por ahí. Pero no se ha acercado. Hice poner un teléfono para ir a todas partes sin ir y ahora ella aprovecha para venir también sin venir. ¿Cómo estás?, ¿estás bien?, es lo que importa. Y cuelga. Una vez me escribió, pero no añadió nada más. Un día me acerco por ahí, dijo. Y yo he estado esperando. ¿Y qué podría decirme ella? Los jóvenes lo dicen todo tan rápido, querida, y se quedan en silencio tan rápido. ¿No es maravilloso estar todavía contigo? Y escribirte todavía, escribirte. Quizá. Recrearte en la imaginación la figura esbelta que no volveré a ver más. Sandra. Tu juventud que vive en la eternidad, donde se me quedó para siempre. Incluso cuando ya envejecíamos y nuestra hija creció y se nos fue. Porque yo te miraba, y veía en la transparencia de los años acumulados esa juventud que se había quedado en ti y era lo eterno de tu ser. Ahí está ahora definitivamente: ¿cómo podría yo reconocerte en el tiempo que todavía ha habido después? Somos eternos dentro de nosotros mismos. Pero

tu eternidad vive también en tu imagen, en la frágil armonía que conocí de tu cuerpo.

La tarde se apaga lenta, Deolinda debe de estar a punto de llegar para calentarme la cena. Y yo suspendo la obsesión de decirte todo lo maravilloso que hay en ti, antes de imaginarte la breve arruga en el rostro y oírte decir qué tontería. No lo digas. Si te sentases aquí junto al brasero. Y si te demorases conmigo un poco y mirásemos en silencio la gran noche que descende. En silencio. Sin decirte nada más. Sólo cogerte la mano delicada en la mía. Y que sonrías.

PAULO